



ISLAS, 47(145):166-182; julio-septiembre, 2005

Ramón Meza

Don Quijote como tipo ideal¹

Señor Presidente de la República. - Señor Rector. - Señoras y Señores:

En fiesta literaria en que, gran parte del mundo culto ha rendido pleito homenaje al primero de los escritores castellanos, la Universidad de la Habana, que cuenta con una Escuela de Letras donde con amor, provecho y entusiasmo, éstas se cultivan, no podía ni debía, de ninguna suerte, sustraerse á tan general y resonante aplauso, justo tributo de admiración á Miguel de Cervantes Saavedra, por su inmortal obra *El Ingenioso Hidalgo, Don Quijote de la Mancha*.

Apartado un tanto de las disciplinas literarias, por el cumplimiento de los estrictos deberes de mi profesión, en este mismo centro docente, mis antiguos compañeros de la Escuela de Letras y Filosofía me han confiado el honor, por mí apreciado en lo mucho que vale, de tomar un puesto, un turno honroso, en esta hermosísima fiesta de la Universidad cubana. Haré cuanto me sea posible por corresponder á la confianza en mí depositada, á esa distinción que les he merecido, por más que no se me oculta lo difícil del empeño, dadas la grandeza y excelsitud del autor que va á ocuparnos y la valiosísima obra producto de su preclaro y peregrino ingenio.

¹ Por acuerdo de la Redacción de la Revista se publican en este número todos los trabajos relativos á la fiesta que con motivo del tercer centenario de la aparición del *Quijote*, tuvo el 13 de mayo próximo pasado en la Universidad de la Habana.

[166]



Don Quijote de la Mancha es el primer libro de la literatura castellana; libro que hará perdurar, por los siglos, esta hermosa y sonora lengua, pues que tendrá los mismos títulos á la investigadora mirada de las generaciones venideras que los tienen para nosotros los libros de la Grecia: la *Iliada* y la *Odisea*, los *Trabajos* y los *Días* de Hesiodo, las risueñas poesías pastoriles de Anacreonte, las odas vibrantes de Píndaro, las dulces y amorosas de Safo, que sabios y eruditos de estos tiempos, con empeño asídúo, estudian y comentan, reviviendo la lengua muerta en que fueron escritas, para gozar, en el claro manantial de su origen, sus excelencias literarias, sus hermosas descripciones, sus figuras de dición, sus giros y sus frases, cánones perpetuos del arte, en ese lenguaje conciso, admirablemente plástico, en que viven, palpitan, se desarrollan tipos imperecederos en la literatura de todos los tiempos; como también sucede con el habla del Lacio, que en estos días rejuvenecen y cultivan los amantes de los estudios clásicos, para apreciar en la fuente original, en el fresco manantial de donde nacen las bellezas imponderables de la *Eneida* de Virgilio, de las *Metamorfosis* de Ovidio, de las odas horacianas, perennes modelos de elegancia, de las magistrales oraciones de Marco Tulio, comparables tan sólo á las de los grandes tribunos de la Grecia, á los Esquines y Demóstenes.

Tipos hay, señoras y señores, que son genuinamente literarios, que no pueden sacarse del marco en que lo ajustaron sus autores, porque se desvanecen ó rebajan, con ser, no obstante, tanta la habilidad de los artistas que emplean el buril ó el color para representar las más expresivas realidades de la vida; tipos que la pintura en el lienzo, Concepciones y Madonas, que la escultura en el bronce ó en el mármol, los Apolos y las Venus, han fijado, no llegan ni se graban en nuestra imaginación, á pesar de sus formas tan reales y visibles, con tanta realidad, energía, viveza, vida, en su representación brillante, perpetua, pero estática, como esos tipos ideales, invisibles, impalpables, producto legítimo y excelso de las más alta manifestación de la fantasía humana, como lo son sin disputa las producciones de los genios que descuellan, en la literatura universal.

Recuerdo que no hallaba una tarde en la galería del Corcoran de Washington. Eran las últimas horas crepusculares; la estancia se hallaba envuelta por una penumbra que esfumaba los objetos. Un rayo de sol atravesaba un cristal verde, rompía las

[167]



sombras, y trazando en el espacio una faja de luz extraña que esparcía tintes tenebrarios, iba á caer de una estatua de blanca piedra fría. Aquella estatua representaba á Napoleón I en su agonía: la mano crispada sobre el brazo del sillón; los pliegues de sus ropas en desorden, revelando el temblor, el tiritar y las convulsiones de los nervios; los ojos, sólo señalados en su óvalo por el buril, parecían emitir una última mirada de energías que se extinguían; y sus labios, plegados, parecían reprimir con invencible, con titánico orgullo, un último lamento, un suspiro postrero. Seguramente que el artista no pudo sorprender al histórico personaje en el supremo instante en que se despedía para siempre de aquel mundo, vasto y brillante teatro de sus pasadas glorias, aquel monarca, aquel emperador audaz, que quitaba y ponía reyes á su antojo; pero esa última mirada, ese su aliento fugaz, el fin de aquella vigorosa inteligencia que se apagaba así debieron ser, en su viril grandeza, rota por el destino, y han quedado recogidos y expresados para siempre por la mano de un artista.

En la última Exposición de San Luis pude ver una estatua, una escultura en metal, última producción del genio de un artista de los días presentes. Ante aquel frío bronce, ante aquella materia inerte, donde el artista había grabado con energía rasgos admirables de elocuente expresión, ante aquella estatua, que apoya la barba en la palma de su mano, y el codo en la rodilla de la pierna opuesta, donde con relieve y exactitud se marcan las arterias, tendones, músculos y venas, el visitante observador, sinceramente conmovido, verdaderamente pasmado, contemplando aquella fisonomía inmóvil que parecía mirar al pasado, recogiendo sus ecos; ver el presente, reflejando su ruido y movimiento; escudriñar el porvenir, intentando romper sus arcanos; aquella estatua, que parecía lanzar gritos extraños de lo más íntimo de su ser, ante aquel hombre, en fin, irrecusable, obligatoriamente, tenía que decir: piensa! Refiérome al Pensativo, última genial expresión del moderno arte francés.

Pues bien, señores, con este medio de expresión tan plástico en que artistas hábiles en el mármol, en el bronce, en el barro, en la tela, dejan rasgos tan característicos, tan de relieve que se palpan, que se presentan á nuestra imaginación esos tipos ideales, la literatura no más que con la palabra, la poesía no más que con las galas de la rima, los deja también imperecederos y tan

[168]





reales, que no pueden ser llevados ó trasladados á otras esferas que las del arte literario; el gusto se rebela, porque se profanan al tocarles y quitarles su primitiva vestidura y colocación; tienen que quedar, por siempre, donde les pusieron, las originales inspiraciones del genio que les dotó de vida y de formas.

A estos tipos ideales corresponde aquel que fué producto de las primeras manifestaciones del genio poético de Grecia, de aquella labor colectiva, simbolizada en Homero, Aquiles, el hermoso y arrogante adalid, personaje que sintetiza todas las actividades, todas las energías, los pensamientos todos del hombre primitivo de la Grecia: el valor, el arrojo, la audacia, la astucia, la ira, la cólera, la crueldad, la dureza, la fuerza; y, al mismo tiempo, el amor, la amistad, la fidelidad, el acatamiento y respeto al experto guerrero anciano, cuya voz y cuyos consejos con humildad escucha, la lealtad completa al jefe, á su rey; en una palabra, las más apreciadas prendas y virtudes, al lado de las pasiones desatadas en todo su vigor y fuerza.

El tipo de Aquiles, que se alza en los tiempos primeros de la Grecia, es tan colosal, es tan firme, tan enérgico y á la par es tan hermoso y representa de tal suerte los sentimientos, ideas y aspiraciones del griego, que en toda la bella historia de su pueblo, sigue viéndose la efigie atrayente del arrogante guerrero, su cabeza cubierta por artístico yelmo que no logra aprisionar los rizos graciosos de su rubia cabellera, lo mismo está grabada en el friso del Parthenon, que en el disco de las medallas y monedas; lo mismo en el vientre de las ánforas, de corte etrusco, que en las rodela de los combatientes. El clásico rostro de corrección irreprochable en sus líneas, tiene un reflejo en Minerva, en Pallas Athenea, en Marte; y en los héroes y guerreros también se ve. Jenofonte, Arístides, Temístocles, Epaminondas, desde los más brillantes hasta los más oscuros menos citados en la *Iliada*, Podalirio y Macaonte: sus reflejos inextinguibles parecen confundirse con los eternos rayos del Dios Apolo.

Y cuando decaen y pasan la literatura, el arte, la religión, la poesía, la ciencia, la filosofía del pueblo heleno, este tipo ideal de los primeros días, esta concepción poética del guerrero invulnerable, por reasumir y comprender los sentimientos y aspiraciones, los elementos de actividad del griego, su corazón, su brazo, su alma, en fin, se traduce ó encarna en una representación real. El filósofo Aristóteles, que en su vigorosa mentalidad

[169]



recogió las más bellas y sabias manifestaciones del pueblo griego, sus tradiciones históricas y artísticas, para proyectarlas como poderoso foco al través de la edad media, hasta nosotros, obtuvo un regio encargo: la educación del hijo de Filipo de Macedonia, el joven Alejandro. Y Alejandro surgió del modelo de Aquiles. No sólo en su rostro bello y viril, en su cabeza hermosa cubierta por el mismo yelmo aprisionador de los rizos de su blonda cabellera, no solo en su indumentaria de soldado, sino que trató de parecersele y de imitarlo bajo su aspecto glorioso de adalid, de héroe, de guerrero de valor indomable, invencible, ajeno al cansancio y la fatiga; sino también bajo su aspecto moral, reproduciendo lo mismo sus pasiones y afectos que sus combates y triunfos. Anota la historia que Alejandro conduce á las batallas en caja de oro los poemas homéricos para inspirarse en las acciones de sus héroes sobre todo, de su héroe predilecto, recita la *Iliada* con pasmoso esfuerzo de memoria y parte de la *Odisea*: el héroe macedónico es la encarnación real, al fin de la historia helénica, de aquel otro héroe de sus comienzos ó albores; es la encarnación del genio que Homero en Aquiles simboliza, que va derechamente á cumplir una misión histórica, favorable al progreso humano, va á extender y agrandar inmensamente las fronteras de la Grecia, dándole colosal expansión por la tierra conocida, á preparar nuevos avances á la civilización universal. En la batalla de Arabelas, en el paso del Gránico, en la de Issos en que derrota al meda su eterno contrario desde que en muchedumbre imponente penetra por las Termópilas, pasando sobre el cuerpo de Leónidas y sus trescientos espartanos cubriéndolos de gloria, hasta que cautiva la corte de Darío y con magnanimidad, rara en aquellos tiempos, la deja en libertad y en paz.

¿No os parece que veis mover en todas estas hazañas memorables de la propia figura de Aquiles? ¿No es el mismo héroe de la Grecia primitiva que se proyecta, que se enlaza para continuar la providencial misión de sostener robusto el inmortal espíritu helénico, que resucita y sale á llevar y transmitir la historia, el valor, el arte, la poesía, los elementos todos de aquella civilización, que se mejoran, depuran y perpetúan con la colaboración de Alejandría, la sabia y culta ciudad fundada por el héroe macedónico; donde se recogen al mismo tiempo que en las últimas las primeras manifestaciones artísticas y religiosas

[170]



de todos los pueblos griegos, escuelas y ciudades, esparciéndolas á medida que con la espalda se va abriendo camino, por la Persia, la Media, la Bactriana, hasta los lindes mismos de los ríos y selvas inexploradas de la India inmóvil, petrificada con sus preceptos budhistas?

Existe otro tipo ideal que se engendra y nace por igual manera, con los mismos elementos sociales que en el pueblo griego, al calor de los sentimientos, las virtudes, los defectos, las energías y aptitudes de otra época y de otro pueblo, que en este punto las presenta tan originales y distintas como las del pueblo heleno. En los albores de la Edad Media, repito, que por gestación, por los mismos procedimientos dentro del crisol social, surge una figura que se reproduce al través de los siglos y vicisitudes de la historia, en una que fué grande nación. En los orígenes del pueblo español, cuando el territorio se encuentra envuelto en el caos de una tremenda y arrolladora invasión, cuando hombres de otra raza, de otras creencias, que cual las mieses todo lo siguen al curvo filo de sus alfanges, el choque rudo mortal, excita de poderosa manera los sentimientos y pasiones de los que por todas partes se ven arrojados de sus lares y por necesidad se convierten en combatientes tenaces, en guerreros heroicos, cuya enseña en las batallas cruentas es: Dios y Patria.

En tales condiciones, todas las energías de este pueblo tuvieron que concentrarse en el corcel de guerra, en la adarga y en la espada. Armado de esta suerte se presenta en la escena arrogante, fiero, invencible en vida y en muerte, casi invulnerable como los héroes semidivinos de la Hélade, la figura egregia de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, representante el más genuino, el más exacto del ideal del pueblo español en aquella edad. Es el héroe, valiente, arrojado, de un valor á toda prueba, capaz de realizar acciones sobrehumanas; es temerario, independiente, tiene todos los sentimientos altivos de rebelión individual que después se van marcando en la historia y durante los siglos en el desarrollo social del pueblo español. Ese espíritu de rebeldía contra todo lo existente preséntase en él, tan altivo, tan osado, tan soberbio, que no obstante ser inquebrantable regla caballeresca rendir pleito homenaje en toda ocasión á su señor y rey, que se atreve á realizar el acto audaz de la jura de Alfonso IV en la iglesia de Santa Gadea.

[171]



El Cid como Aquiles en Grecia, representa en España los sentimientos y actividades de su pueblo. Es buen hijo, buen esposo, buen padre; parte de su vida la pasa en vengar los agravios de sus yernos los Infantes de Carrión y lograr digno puesto para sus hijas en las cortes de Aragón y de Navarra. Hace guerra constante, sin fatiga ni cesar, á los enemigos de su religión y de su patria. Cuando las costas del Bereber arrojan sobre Valencia muchedumbre de morisca, las combate y las vence, dándola como presente al monarca ofendido, que tiende entonces la diestra al vasallo que osó llegarse hasta su altura, mirarle faz á faz, tratarle mano á mano, y le otorga su perdón.

Este tipo suge en la literatura y surgió á la vez en la historia, con caracteres propios, de muy enérgico relieve, creando una personalidad vigorosa, bien definida, que como el nimbo de Aquiles, proyecta su luz iluminando las primitivas leyendas, fuentes inspiradoras de la musa castellana, manantial fresco y puro, donde libaron los más clásicos autores. Se comprende que en las líneas generales con que se ha trazado el vasto cuadro de semejante estado de civilización haya habido las exageraciones propias de la musa popular; pero la curiosidad no se satisfizo con el relato exacto de acciones aunque tremendas y admirables, diarias y comunes, en aquellos tiempos revueltos en que no cesaba el resonar de las armas, y se acudió á la fuente, inagotable siempre, de la fantasía para soñar en un ideal mejor, más perfecto, dentro de aquel orden de ideas, de juicios y de sentimientos.

Y al guerrero invencible, al caballero vigoroso y fuerte, sustituyó el caballero andante. Al poema colectivo inspirado por la musa del pueblo sustituyó el libro de ficción de hazañas sobrehumanas. Los Palmerines y Esplandianes, los Tirantes blancos y negros y Lanzarotes del Lago, Carlo Magno y los Doce Pares de Francia, el Rey Artus y los Caballeros de la Tabla Redonda, llegaron á constituir una literatura abrumadora para sus volúmenes enormes, inacabables. Esas obras fueron el lógico y natural producto de la prolongación de aquel de lucha perpétua, de pugilato personal, de batalla constante, de que fué teatro la Europa entera, donde con los mismos elementos, tan caracterizados, pero no tan profundos y arraigados, como los del pueblo español, se sustentan las mismas aspiraciones é ideales. En puntos tan lejanos, en medios bien distintos, por entre las nieblas de

[172]



aquel caos, se ven brillar las lanzas y yelmos de los armados caballeros fantásticos: en Inglaterra los cantados por el bardo gaélico Ossian; en Alemania, las cabalgatas guerreras que desfilan en los grandiosos Nibelungen; en Francia, el gigantesco Rolando, que para su lanza desgaja un abeto. En puntos tan distintos ven destacarse tipos que son productos de una sola concepción ideal.

Otros tipos hay, muchos más, que pertenecen por entero á la literatura, tipos también ideales; pero que, á mi juicio, no tienen tan marcado relieve. No hago más que señalar y evocar los recuerdos, que aún surgen vivos en mi memoria sobre el fondo, ya desvanecido, por contraria suerte, de mis antiguas aficiones y lecturas. Otros compañeros, Doctores distinguidos de esta Facultad, tratarán de la forma de la obra literaria, os traerán la última palabra de la crítica con mayores y más eruditos datos y mejores juicios; yo, únicamente, haré la presentación de esos personajes ideales, hijos de la fantasía, ofreciéndolos á vuestra consideración tales como yo los distingo entre los otros tipos producto de geniales producciones para señalar el sitio, para buscar el puesto de honor, al que es el héroe de esta fiesta, al inmortal caballero de la Mancha.

El héroe de Goethe, Fausto, no tiene, á mi ver, un tipo tan caracterizado, tan de relieve, tan bien marcado como los otros personajes de que hablé anteriormente, aunque como ellos sea en grande parte producto exclusivo de una fantasía genial, de autor y poeta excelso entre los autores y poetas. Cuando nos presentamos el héroe concebido entre las brumas del Rhin, preferentemente que le vemos bajo la bóveda sombría de su laboratorio de alquimia, rodeado de cráneos, de esqueletos, de retortas, almiércoles y matraces, ante la ampollita que mide sorda é inflexible el veloz correr de las horas, al lado de aquel felino que lanza por sus verdes ojos fosforescentes claridades y por lo pelos de su erizada piel chispas magnéticas. El sabio escéptico y solitario que se nos presenta al mediar de la noche, en su silencio no interrumpido más que por el grito del buho, cuando la luna hace filtrar sus rayos suaves por entre estrechas ventanas ojivales cubiertas de vidrios poligonales, que dejan ver más allá las caladas agujas góticas que dominan las ciudades alemanas, y marcan su silueta, al lado de las chimeneas de los talleres ya callados, ya sin trabajo, cuando el murmullo de las oraciones y

[173]



el chocar de las máquinas ha concluido, sobre el fondo de profundo azul del cielo donde las constelaciones astrales lanzan sus destellos irisados trazando los horóscopos misteriosos que el sabio fatigado en vano intenta descifrar. Después de este momento, fuera de este lugar, la figura de Fausto se va desvaneciendo, van disipándose los rasgos de su fisonomía como el influjo del conjuro mágico, de la evocación diabólica en que pide al genio del mar el licor que le vuelva á la vida, que le vuelva á la edad de sus más doradas y risueñas ilusiones con todo el vigor, los deseos, las pasiones y devaneos de la juventud. Cuando Fausto queda convertido en el satánico seductor de la pura, casta y desventurada Margarita y la arroja al deshonor, á la mazmorra y á la muerte, su figura se trueca con la de cualquier joven de su edad, frecuentes en las leyendas, como D. Juan y D. Félix de Montemar, comunes y vulgares en la vida social de aquella época, tan llena de corrupción y liviandad.

Otros tipos ideales hay, tan conocidos universalmente, tan familiares, caracterizados y definidos como los otros de que ha poco me he ocupado; pero que en una escala general hallaríanse en segundo término y lugar. Gullivier y Liliput; Gargantua y Pantagruel; Cándido y Falstaff, reducciones ó aumentos caprichosos, intencionados y fantásticos de la figura humana, que se hace un poco difícil concebirlas y retenerlas, como sucede con aquellas gigantescas figuras, concepciones realizadas por manos de titán, de Vinci ó Miguel Angel, cuyas proporciones abruman cuando se les ve lejos de las naves, nichos ó pedestales en que tienen que ser colocadas. Esta condición tiene el ángel rebelde del grande poeta de la Albión, el Luzbel de Milton, que, á pesar de su radiante, de su deslumbradora belleza, de su admirable hermosura, es tan grande, tan gigantesco, tan colosal que nuestra imaginación como abrumadora por su mole, no puede retener por mucho tiempo; sus contornos, no pueden fijarse bien, ni en la retina, ni en la fantasía; su marco resulta desmesurado.

Tan elevados, tan puros, tan de absoluta imaginación y fantasía se nos presentan otros tipos ideales, que tal parece que más se alejan de nuestra concepción mientras más queremos en ella retenerlos y fijarlos. Cuando Dante nos conduce al través de las lóbregas cavernas del infierno subterráneo, donde en lagos de hirviente pez se retuercen los condenados cuyos gritos de dolor y blasfemias desesperadas nos aturden, confundidos

[174]



con el chapotear de las alas cartilaginosas de los genios del mal, y el crispante resonar de sus tridentes en la asperezas de la peña ó el rasgar la carne de aquellos mortales en pecado sobrellevando el castigo eterno de la cólera divina, suerte no menos triste que sus vecinos de otras cavernas sumidos en baños de líquido estaño, y á la luz verdosa de relámpagos azufrados, se clarean aquellas horrendas cavidades, donde no hay más sonrisa que la débil, triste y pasajera, de los adúlteros amantes eternamente ligados en el movimiento aereo á que le arrastran espirales tormentosas que dan vértigos; y atravesamos, acompañados también de Virgilio, todo ese espantable espectáculo, teatro vasto, escenario gigantesco, de estupenda concepción genial, seguramente las más genial concepción de los tiempos medioevales; y cuando, junto con el excelso poeta, libres ya de las congojas y los ahogos de la angustia y del horror; dirigimos la mirada hacia arriba, desde el dintel que se abre ante el celestial espectáculo del Paraíso, frente aquella escala de oro y de brillantes, donde en indeterminable línea los ángeles, arcángeles, apóstoles y profetas entonan eterno himno con músicas arrobadoras; y él, con la cabeza inmóvil, de rodillas en mística contemplación, hondamente emocionado, apenas osa levantar su vista para gozar, en instante de felicidad suprema, del ideal de toda su vida, aquella casta realidad que se forjó en sus purísimos ensueños, la hermosa Beatriz, esta figura angélica, sobrehumana, se desvanece ante nuestra mirada, se disuelve, se disipa en las divinas transparencias de aquellas claridades celestiales, donde los átomos se inflaman como chispas de oro dorando el borde de las nubes, sin que quede rasgo alguno en nuestra imaginación, huella en nuestra fantasía, recuerdo en nuestra memoria.

Análogo procedimiento para trazar uno de estos tipos de la idealidad más pura es el que emplea el poeta de la Iliada, que como expresan los críticos, admira encontrar en poeta tan primitivo aquella habilidad para presentarnos la figura más descolante en el poema por su sin par belleza. Apenas dos ó tres veces nos presenta la heroína y no consiente nunca que la veamos directamente; no traza, ni señala un rasgo solo de su fisonomía adorada: la figura atrayente, sugestiva, encantadora de la bella y hermosa Helena, la que por su causa trajo heroica y prolongada guerra, llega á nuestra contemplación por el efecto que causa entre sus afortunados espectadores que la rodean;

[175]





entre los juvenes. El paso majestuoso de aquella mujer ideal, arrogante, va levantando murmullos de entusiasta admiración que explican por qué por ella, con fiero encono, combaten en la llanura, al pie de las fuertes murallas, los aqueos y troyanos.

Entre todos estos tipos que aparecen, culminantes de gloria para sus creadores, en la literatura universal y que he traído ahora ante vuestra culta atención tal como los concibe mi fantasía, no hay ninguno tan familiar, tan exacto, en sus gestos y proporciones, tan vivo, que muestre tales y tan marcados relieves como el protagonista singular de la novela de Cervantes. A Don Quijote de la Mancha, no sé si será por la frecuencia con que acudimos á las páginas de su historia verídica, ya para saborear su gustoso medio plástico de expresión, ya por obedecer el precepto que dispone se le lea de niño, de hombre y de anciano, para apreciarlo debidamente en todas sus fases; no sé tampoco si será porque es figura donde viven y palpitan sentimientos afines de la raza; pero es lo cierto, que siempre le vemos tal como es, con rasgos propios, inalterables. Y no solamente le vemos nosotros, sino que en las ediciones que se han hecho en distintas épocas y en países diversos el buril torpe ó hábil del grabador ilustrante, siempre aparece el héroe con su original fisonomía, bien distinta, bien y fijamente determinada, porque está trazada con tal vigor y firmeza por la mano de su autor que con una sola efigie circula en las imaginaciones de toda el mundo; pero en su cuadro ó escenario propio, en la novela inmortal de Miguel de Cervantes.

En vano la escultura, la pintura y hasta la música y la dramática se han esforzado por sacarlo de su marco engarzándolo en el suyo: ninguna de estas tentativas ha satisfecho, todas han fracasado; pertenece á aquellas creaciones originales cuya traslación á otra esfera del arte despierta las rebeliones del gusto.

Siempre que recordamos á Don Quijote de la Mancha, ya en su gabinete de estudio, pasando noches, de claro en claro y días de turbio en turbio, ante los infolios de la andante caballería, ya abriendo de par en par las anchas puertas del corral, saliendo al campo seguido de su escudero, en los instantes en que la aurora con sus dedos de rosa entreabría las puertas del oriente, con su yelmo, rodela y espada, con aquel rostro enjuto y avellanado, donde escaseaban tanto las muelas como la barba, de largas piernas y brazos, nervioso, flaco, como su incomparable rocín,

[176]



clasificado por el autor entre los nobles de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, parece que le vemos, que alguna vez real y positivamente le hemos tenido ante la vista. Figura genialmente dibujada con la pluma más diestra y magistral que ha trazado frases en la lengua de Castilla, tiene toda la vida, todo el movimiento de la realidad, donde quiera que de cerca ó de lejos le descubramos, ya en la cueva de Montesinos, ó recorriendo en la barca encantada leguas y más leguas, ó preparándose á acometer la temerosa aventura de los batanes de que se chanceaba á poco el socarrón Sancho Panza, ó en la arriesgada aventura del caballo clavileño que le arrastraba hacia las nubes, ó en la mesa de los Duques que le habían hecho su diversión, en cuya presencia, en momento de feliz lucidez pronunció aquel discreto discurso sobre las armas y las letras; lo mismo ante el retablo de Maese Pedro, que velando las armas en la fuente de la venta; tanto en la aventura del cuerpo muerto, como en la de los carneros y leones; ya vencedor del Caballero de los Espejos, como derrotado por crueles vizcaínos y yangüeses, el héroe hasta su lecho mortuorio en que bien tarde recobra el juicio, es siempre uno mismo, humano, verdadero, verosímil, sin metamorfosis posibles, de una fijeza inmutable.

La silueta del caballero andante y su escudero han quedado dibujadas ya por siempre en aquellos campos, estériles y des poblados de la Mancha, donde el genio inmortal de Cervantes levantó castillos, molinos, ventas, toda aquella vasta trama magistralmente descrita que completa el cuadro vasto, el escenario amplio, gigantesco en que se desarrolla la acción del libro inimitable.

Teniendo estos tipos, como antes decía, algo de la realidad, porque preciso es convenir que no todo en ellos es puramente imaginario ni menos vanamente fantástico, porque encierran sentimientos, inclinaciones, representaciones de las actividades y movimientos de la vida real, conviene estudiarlos juntos y comprobarlos, seguros de recoger lecciones provechosas.

Al lado del Quijote colócase otro tipo, otra figura, acaso más humilde porque se halla encerrado no en marco tan hermoso, no en obra artística, que pueda parangonarse, como composición literaria á ninguna de las que he citado anteriormente: refiérome al héroe de la novela de Daniel Defoë. Robinson Crusoe, señores, es tipo tan bien caracterizado como el Quijote;

[177]



le conocemos igualmente, nos es del mismo modo familiar: su ropa tosca de piel de cabra mal cosida por sus manos, su gran gorro, su cinto lleno de herramientas y de armas, su gran quitasol, realzan su retrato. Arrojado lejos de tierras habitadas, á una isla desierta, donde no va á realizar aventuras, ni tampoco á eclipsar las hazañas heroicas de los rivales del caballero Quijano, procede de otra suerte; y es lógico, porque así lo impone la idiosincrasia de su raza. Lo que primero ejecuta, después de pasar la noche tranquilamente en la rama de un árbol para liberarse del alcance de las garras de las fieras, en aquella tierra desconocida, hacia donde las olas le arrojan revuelto con los destrozos de su buque náufrago, es arrodillarse en la blanca arena, en el amanecer bello, risueño, de aquel día de calma, transparente, de aquel suelo tropical, para dar gracias á la Providencia por haberle dejado el grande, el inaceptable tesoro de la salud y de la vida; construir una balsa que le lleva al buque á recoger instrumentos, armas, provisiones; y escoger el rincón más oculto y abrigado, donde levanta su casa, sitúa su hogar, cava la bodega que bien pronto atesta de granos, productos de la cosecha que él cultiva, de ron, vino y aceite, de restos de navíos que las tormentas arrojan sobre aquellas playas desiertas. Más tarde, apacenta sus ovejas y cabras, multiplica sus cosechas y rebaños, extiende sus plantíos, fortalece y defiende su propiedad. No sale de allí en busca de desafíos, luchas ni aventuras; por el contrario, se prepara con una prudente virilidad para rechazarlas. Un día ve sobre la arena de la playa inequívocas huellas de salvajes. Don Quijote en tales circunstancias, seguramente que, encomendándose de todo corazón á la señora de sus pensamientos, hubiera emprendido lanza en ristre la aventura, dando con alegría gracias al cielo que le proporcionaba la ocasión de eclipsar las más famosas y memorables hazañas. Robinson se dirigió previsoramente á su hogar, á fortalecerlo y defenderse.

Un día, de entre la muchedumbre de salvajes, destácase uno y tomando los pies del héroe, en señal de humillación y servidumbre, lo pone sobre su cabeza; y él le alza, le levanta hasta sí, le enseña su lengua, su religión, sus artes y su cultura, le convierte en su compañero fiel; y ambos se dedican á la pesca, á la caza, son armadores, toneleros, alfareros, carpinteros, agricultores, hábiles en los oficios manuales.

[178]





Estos dos tipos sin duda que simbolizan dos civilizaciones, dos pueblos de sentimientos perfectamente distintos; diríase que comparten el escenario del Mundo Nuevo descubierto ha poco por el atrevido genovés: en él sus actividades tienen cabal reproducción.

Cuando examinamos las narraciones de la conquista y nos hallamos con los Hernán Cortés, Pizarros, Almagros, Ulloas, héroes y aventureros, por conjunción extraña, pero perfectamente lógica, en ellos se encuentran, al lado de aquellas cualidades, el valor indomable, la audacia, el arrojo, la soberbia, la resistencia, la tenacidad, la constancia, recordando el temple de aquellos primeros tipos del pueblo español, llevando, como Alejandro llevó más allá de Grecia con la espalda, el espíritu de ésta, el espíritu de España, sin duda, que reconocemos los hijos y legítimos herederos del Cid Campeador con no pocas puntas y ribetes de las que usaba en su cerebro y en su brazo el Hidalgo de la Mancha.

Cuando Hernán Cortés delante de un imperio poderoso, frente al representante de antigua dinastía que gobernaba grande y civilizada nación; ante huestes guerreras que por su número podían caer y aplastar el grupo contado de los suyos, no obstante la superioridad de sus equipos y sus armas, manda destruir sus naves, cerrando toda retirada por el mar, en pacto audaz y admirable entre la gloria y la muerte, ¡oh señores!, realiza acto de sublime heroicidad, de valor, de arrojo, pero también imprudente, temerario en grado sumo. Cuando Almagro penetra en el Perú y después de largas y fatigosas jornadas, en que los suyos, cansados, desfallecidos, rendidos por el hambre, los trabajos y las fiebres, traza sobre la arena una raya con la punta de su espada y dice á sus soldados «de aquí para atrás, Panamá, con la pobreza y la servidumbre; de aquí hacia adelante, las riquezas y la gloria», y con doce ó trece de sus soldados sigue internándose por aquellas lujuriosas selvas, cerradas por la malla de las lianas, intrincadas, desconocidas, no holladas por planta humana, rotas por ciénagas y tembladeras y por las abras de los abismos, llevando audaces la obra de la Conquista, aquella grandiosa epopeya trazada en los troncos enormes de los árboles, en el borde de los precipicios, en la cima helada de las montañas y rojas crestas de los volcanes, con la cruz y con la espada, á las regiones del Arauco indomable, para combatir con

[179]



aquella que constituía raza fuerte, viril, de gigantes, capaces de rechazar por mucho tiempo los corceles y mosquetes de los soldados invasores, hazañas que inspiraron los acentos débiles de la musa épica castellana, en el caballero Alonso de Ercilla, enaltecedor de Campolican y Colocolo, parece que tras ellos va, que sobre ellos flotan, como flotaba ante las huestes de los moros el Apóstol Santiago, los espíritus del Campeador y de Quijano.

En otra dirección, puede observarse la obra de aquel modesto Robinson, representación viva y real del héroe de la novela de Defoë, esparcidos por toda la faz de la tierra: los *highlanders*, que van á plantar su tienda, defendida por empalizadas en medio de los bosques intrincados, en las praderas solitarias acechadas por el indio que se arrastra como reptil entre las cañas; á levantar, con sus manos, sus chozas, en torno de las cuales extienden sus cultivos y apacentan sus ganados; de día se les ve con sus burdas y ridículas ropas de lana, sombrero y botas enormes, barbudos, hercúleos, apoyados en su rifle, y de noche duermen con el cargado revólver bajo la almohada. No son trashumantes; no se alejan de sus propiedades; no van á buscar aventuras ni pendencias, como los belicosos adalides de la Edad Media que trastornaron los sesos del famoso hidalgo; sino que serenos, á pie firme, defendiendo, poniendo á cubierto su vida que no es cosa baladí, conservan á toda costa lo que ha sido producto de su actividad, del suelo regado con el sudor de su frente. Una representación igual puede verse en la Colonia del Cabo, en los *boschmen* de la Nueva Zelandia y de la Australia, humildes Robinsones que con sus hachas y azadas abren los bosques y el suelo de las praderas, construyen su hogar, y llenos de abnegación se mantienen célibes hasta que reúnen los medios de fortuna y las comunidades necesarias para constituir un hogar tranquilo, moral, prolífero, fecundo.

Tienen vida y representación real, los vemos surgir sin duda alrededor nuestro. Todavía de un lado se distingue ruido de adargas, de las descargas de mosquetes y bombardas aún no ha disipado su olor en la atmósfera, todavía se dibujan las siluetas de que aquellos guerreros audaces, de aquellos aventureros cuyo almohada era su escudo, cuyo descanso el pelear, llenos de osadía, de soberbia, de independencia individual, rebeldes, levantiscos, ingobernables, que vinieron á repetir y realizar en América muchas de aquellas hazañas que mancharon de san-

[180]



gre y lodo la Europa medioeval; porque, cuando no se peleaba de reino á reino, de condado á condado, de marca á marca, de provincia á provincia, de castillo á castillo, de abadía á abadía, y ciudades, y pueblos, y villas y los del valle con los de la montaña, peleaban los hombres entre sí, en grupos, partidas y cuadrillas, cuerpo á cuerpo, por hábito, por costumbre, por feroz instinto personal, constituyendo á las veces espectáculo y diversión como sucedía en los duelos y justas llamados, con irreverencia notoria, juicios de Dios.

Ah señores! Algo de ese espíritu caótico y trastornador, algo de estas cualidades y sentimientos laten y pesan hacia una parte de nuestro continente. Sólo allá en las orillas del caudaloso Plata, donde la pampa inmensa y fértil se extiende multiplicando maravillosamente el ganado de tal suerte que sólo aquellos campos pudieran dar abasto al consumo del mundo entero, en aquellas tierras belicosas del Arauco hacia Chile, la Fenicia americana, la Argentina, hay paz y sosiego y prosperidad; pero un poco más arriba no se hallan sino perpétua discordia, duelos, quebrantos, revelaciones tristes de aquel espíritu levantisco, de rebelión, de poco sentido práctico, que hemos seguido al través de la leyenda y de los siglos en entes procaces y desalmados impacientes por decirle claridades al mismísimo lucero del alba.

Y de otra parte, señores, parece, que aún resuenan en la atmósfera los ecos de aquellos himnos religiosos de los puritanos caballeros de la Flor de Mayo, aquellos que arribaron al continente trayendo la biblia y la azada, que de rodillas en las costas de las Virginias buscaron con su mirada la Providencia que allá, en lo alto, dirige los pasos y acciones de los humanos, de aquellos que no vinieron con espíritu belicoso ni clarín de guerra, sino á extender la agricultura, la religión. Tal se diría que esos himnos desde entonces se reproducen sin cesar, están encerrados, guardados, bajo las amplias naves de las airosas catedrales que en las ciudades norteamericanas, alzan sus finas agujas, cargadas de claves de sonoras campanas, entre las robustas y humeantes chimeneas de sus talleres donde se fraguan los inventos de la industria humana, y vemos la agricultura en aumento, el comercio multiplicándose, la industria floreciente, la riqueza rebosante; y la inventiva humana, aprovechándose de las habilidades poseídas por los humildes y oscuros Robinsones, que dejan reposar la glotis para mover mucho las manos y los

[181]





dedos. No se oyen ruidos de armas, el rebotar de espadones en las corazas y yelmos, ni se ve la ondeante pluma ni la curva damasquina del guerrero; no se encuentra la figura, ruda, áspera, inflexible, de aquellos primeros conquistadores cuyo espíritu osa aún contener con su guantelete de hierro las libres aspiraciones de los pueblos. Es el ruido del escoplo de Robinson que lima, sierra, acepilla, trabaja, para producir esas maravillas: la máquina de coser; la de transmitir el pensamiento á distancia; la de llevar, veloces, viajeros y mercancías al través de llanos, de ríos, de montañas y de bosques; la de trasladar el pensamiento á distancia; la máquina de contar, que suma, resta, multiplica, divide, extrae raíces y eleva fracciones; la máquina de tejer, que con su engranaje complicado hace finísimos encajes compitiendo con los más hábiles y difíciles que con sus manos finas, suaves y delicadas, hace la mujer; y por último, señoras y señores, con un resorte de acero enrollado en espiral, acaso tres ruedas, un eje, un cilindro con un baño de cera en que se graba la voz humana, esa máquina, invento verdaderamente portentoso, tanto por sus manifestaciones y por sus resultados como por su original sencillez, esa máquina, que por su bocina reproduce, cada día con mayor fidelidad, las modulaciones infinitas de la voz humana, de la laringe educada para el canto, en sus ritmos y melodías más encantadores, la voz de Caruso, de la Melba, de la Patti, de Stagno, de Retzké, para que podamos guardarla en el hogar y oirla á voluntad.

Estos son, señores, frutos que me parece distingo de entre aquella opuesta actividad. Reflejos vivos y fieles del carácter de aquel solitario perseverante y animoso de la isla en que naufragara; brillo de aquellas lanzas, yelmos y espadas, de los andantes caballeros de la Conquista. Y luego de haber echado esta ojeada, de haber extendido la vista en torno nuestro, tal vez nos convenzamos de que existe aún la imagen de Don Quijote, de la propia suerte que existe la de Robinson. Aquí este héroe, manejando su escoplo, construyendo, edificando, levantando dignamente la industria humana; allá, ah señores! la lanza de Don Quijote derribando, derribando,.... y exponiéndose á ser derribado.

[182]